

sínodos, cortesano en los palacios; de una ambición desapoderada, y como todos los ambiciosos, de una ingratitud sin remedio; aunque debiera su fortuna á los Othones y tuviese en las fuentes bautismales al Papa y al emperador que le amaban como á su padrino, levantóse contra ellos y recibió la tiara de manos de Cencio, para representar el odio eterno del patriciado latino al sacerdocio y al Imperio. Juan XVI se llamaba este Papa, que gobernó espiritualmente á Roma mientras Cencio la gobernaba temporalmente. Mas la eterna tragedia de esta historia se repitió en todas sus partes. Othon III volvió con gran golpe de gentes; y el Papa huyó al campo y Cencio se fortificó en el castillo de San Angelo. Varios jinetes germánicos persiguieron á Juan XV, y lo alcanzaron, y le cortaron la lengua, la nariz, las orejas, y le arrancaron los ojos, y lo metieron mutilado de esta suerte en la celda de un convento, de la cual lo sacaron pocos días despues, para pasearlo por las calles de la Ciudad Eterna á grito de pregon y entre las risotadas del pueblo. Cencio quedaba en su fortaleza abandonado de todos sus partidarios, sin que las gentes sabinas se atrevieran á socorrerle ni las gentes romanas á levantarse en su favor, opresas todas por el poder y por la victoria del emperador y de los alemanes. Al finalizarse el siglo décimo, el 29 de abril de 998, se emprendió el asalto y se rindió la fortaleza, segun los alemanes, vencida por el valor aleman, segun los romanos, por un perjurio de Othon, que ofreciera la vida al patricio y lo matara despues de entregado á su lealtad y á su palabra. El cuerpo del gran patriota estuvo largo tiempo insepulto, en el campo donde Neron atormentara á tantos mártires cristianos. Su hermosa mujer lo recogió con piedad y lo sepultó con verdadero dolor, despues de haber jurado una sangrienta venganza. Y en efecto, cuenta la tradicion que herida en sus sentimientos por la crueldad del emperador, y violada en su cuerpo, y lacrada en su honra por la brutalidad de los imperiales, captóse el ánimo de Othon III, rindió su albedrío, le obligó á enamorarse de ella locamente, y cuando lo tenia perdido de amor, y entregado á sus brazos, le dió muerte. Así acabó la heroica raza de los Othones. Pero entre tantas dificultades y tantos peligros, fueron subiendo como dos astros de primera magnitud para regir los cinco siglos, que aun quedaban de Edad media, el Pontificado y el Imperio.

CAPÍTULO V

APOGEO DEL PONTIFICADO

El año último del siglo décimo aparecia en los ensueños de la Edad media como el año, en que por divinos decretos, en el Evangelio promulgados, iba necesariamente á consumarse la destruccion del mundo y á cumplirse el Juicio Final de la Humanidad. Falsa interpretacion de conocido texto infundia la idea de una próxima y total ruina del planeta, convertido en mares de cenizas y evaporado en nubes de lágrimas. El reinado terrenal de Cristo solo podia durar mil años, y al cumplirse esta fecha fatal, resonarian las trompetas estridentes en el cielo y retemblarian las bases de granito en la tierra, surgiendo, precedido del relámpago y acompañado del rayo, sobre tonante nube como en el Sinaí, Dios á juzgar á los vivos y á los muertos, despertados estos por los ángeles entre las ruinas y los sarcófagos de tan vastos cementerios. Las supersticiones se espesaban entonces en las conciencias como las sombras en los aires. Un sacerdote aseguraba haber visto á San Miguel diciendo misa todas las mañanas en el Paraíso. Otro incitaba al pueblo italiano á que retuviese en los altares por medio de soldados y de asesinos á los santos patronos, que podian partirse de sus tierras. En medio de todas estas supersticiones grotescas oíase un *Dies iræ* que parecia exhalado por las piedras frias, segun resonaba en todas partes, cual si la humanidad entera se encontrase en su postrer agonía. Los que pasaban su vida desgraciadamente en guerras continuas solo podian esperar en la muerte eterna. De ahí, de tal estado, dimanaba que en el Universo, tan risueño, solo se viera la destruccion,

y que los astros, tan luminosos, apareciesen á la mirada del vulgo como negras arañas tejiendo un sudario para envolver en sus sombríos pliegues todas las cosas. Menudeaban, por tanto, los extraños prodigios. El ejército alemán vió el sol como una lámpara fúnebre sobre un gigantesco catafalco. Virtuosa princesa sintió al diablo deslizarse en su lecho nupcial. Un papa mago y alquimista, según vulgar é infundada creencia, decia la misa infernal en los altares de San Pedro invocando á las brujas y á los endriagos en vez de invocar á los ángeles y á los santos. El mundo veía, pues, toda suerte de extrañas visiones en esta tremenda hora. Nada de arte, nada de poesía. Tales creaciones hubieran acrecentado la vida y traído la esperanza. El caballero colgaba su espada y se metía á fraile anticipándose de este modo la cercana muerte y vistiéndose en vida la mortaja. El siervo se arrodillaba sobre el terruño sin atreverse á coger los instrumentos del trabajo. Las gentes ricas deponían al pié de los altares sus riquezas. La humanidad se asemejaba completamente á esas figuras bizantinas que tienen la rigidez del frío en sus miembros, y que miran espantadas con sus ojos inmóviles una interior visión de inenarrables terrores. La ausencia del trabajo dejó yerma la tierra; y la esterilidad de la tierra extendió por todas partes el hambre; y el hambre engendró la peste, de tal suerte que en los aires, en los laboratorios eternos de la vida, se respiraba la muerte. Glaber cuenta que en Aquitania la carne se despegaba y desprendía del hueso á los miserables habitantes. En Oriente y Grecia los fuertes se apoderaban de los débiles, como los leones en los desiertos de las alimañas inermes, y los mataban, y los trucidaban, y los cocían ó los asaban para comérselos. Cuéntase que en Turnus puso un carnicero pública venta de carne humana. Así no era mucho que se abrieran fosas en los campos y se acostaran las familias en sus húmedos senos para aguardar juntas la última hora de todos, como los Ugolinos, pintados por el gran poeta, en los subterráneos de Pisa. Jamás la guerra produjo tantos estragos en el mundo como este terror religioso.

Tal estado social exigía un poder religioso; y tal poder religioso se encarnaba necesariamente en el Pontífice. Dada la disolución de la sociedad antigua y la venida de las irrupciones bárbaras, solo existía una fuerza moral permanente, la fuerza religiosa del Cristianismo. Y esta fuerza, necesaria para que

el mundo no se perdiese y para que la humanidad no se acabase, había menester de una sanción celeste, porque ni la verdad se abría paso hasta la inteligencia por ser verdad ni el bien se abría paso hasta el corazón por ser bien. A hombres primitivos, á pueblos salvajes, á tribus bárbaras había que hablarles en nombre del cielo por la autoridad de un sacerdocio resplandeciente con las marcas indelebles de la elección divina. Si en el tránsito desde la edad antigua á la edad moderna, desde el mundo romano al mundo germánico, no declarara el concilio de Nicea, durante el siglo cuarto, la divinidad de Cristo, ¿dónde fuera á parar la eficacia divina del Cristianismo para la educación del género humano? Pues en los fines del siglo décimo y en los principios del oncenio; desvanecida la autoridad de los carolingios; roto el imperio por la misma excesiva grandeza y excesiva imaginación de los Othones y de sus descendientes; fundado el mundo feudal donde solo se adoraba la fuerza y solo se veía la guerra; naciendo las naciones modernas entre los dolores y la sangre que acompaña á todo nacimiento; diseminados y esparcidos los normandos en todas partes por la virtud de su espada y su tea; hubiérase perdido la civilización, como se perdería el mundo abandonado á la fuerza centrífuga, de no existir aquel sol que todo lo esclarecía con su lumbre, que todo lo avivaba con su calor, que todo lo teñía con sus rayos, que todo lo sustentaba con su fuerza de atracción. Así como nadie practicara la doctrina cristiana, de no ser Cristo un Dios en la fe de los pueblos primitivos, nadie obedeciera al Papa, de no ser el Papa un demi-urgo, una especie de intermediario entre Dios y el hombre, con su tiara coronada, con su báculo bendito, sobre su trono inmenso, besado en sus piés por todas las generaciones, y ostentando sobre su cabeza las divinas alas del Espíritu Santo. Él personificó la doctrina de Cristo y la Iglesia universal; recogió el prestigio que emanaba de las ruinas antiguas y el prestigio que emanaba de las catacumbas católicas; se llamó Papa por los doctores y los mártires como se llamó rey por los cónsules y por los héroes; y cual de las basílicas hizo los templos cristianos y de las estatuas antiguas las efigies católicas y de los bajos relieves las aras donde se ofrecía la hostia consagrada y la sangre vertida en el Calvario; hizo del antiguo cesarismo el Pontificado y reinó sobre dominios infinitos y eternos, reinó sobre las almas. Necesitábase, pues, que en el siglo oncenio llegase

la autoridad pontificia á su apogeo; y llegó en una inmortal personalidad, en la augusta personalidad de Gregorio VII.

¡Qué corrompida encontró á la Iglesia! Su poder espiritual y divino se subrogaba al poder humano y transitorio del Estado. Los emperadores y los reyes se apoderaban de los obispados y los repartían arbitrariamente entre sus favoritos. Una mañana se levantó Othon I de buen humor y dijo que nombraría obispo al primero con quien topase por la calle, y lo nombró. Dábanse así las dignidades eclesiásticas como pudieran darse las dignidades políticas. Quien se llamaba conde ó duque, decíase obispo ú arzobispo. Niños de cinco años llegaron á recibir el anillo y el báculo. Por tales vías de corrupción las investiduras episcopales se convirtieron pronto en turbio manantial de ingresos para el erario imperial. Los clérigos se casaban, y si no se casaban, se granjeaban todas las escandalosas ventajas del antiguo concubinato romano. Era de ver, en el palacio episcopal, en el carro sagrado, bajo los doseles próximos á los altares, en plena Iglesia, cuando el obispo oficiaba, al rededor suyo, las concubinas y los hijos sacrílegos. El obispo de Mans y de Rouen llamaban á sus mujeres en el bárbaro latin de aquellos tiempos *episcopissas*. Todos los obispos de Lombardía presentaban en público sus esposas y aun las unían y asociaban á las ceremonias sagradas. La obispa de Milan, la rica Uxeria, iba elegantemente vestida como á los saraos, por iglesias y monasterios, repartiendo bulas y bendiciones, fundando obras pías, cual si su marido le infundiera con el propio amor la propia autoridad. Los duques de las provincias casaban á sus hijas con los obispos de las diócesis y así reunían la autoridad temporal y la espiritual, los anillos y los sellos, las espadas y los báculos, los torreones señoriales y las iglesias sacrosantas, fundando en aquellos feudos, donde debía brotar la semilla de la personalidad independiente, diminutos imperios asiáticos. Roberto de Rouen, siendo á un tiempo mismo conde y prelado, legaba en testamento la autoridad condal á su hijo mayor y la prelación al segundo. Buchard de Borgoña nombraba en carta dotal á su mujer Ermengarda y á su hijo Nino. Bajo tales auspicios sabían los clérigos combatir pero no rezar. Cabalgaban y no leían. Cuadrábales mas la maza que el breviario. La sangre manchaba sus vestiduras. Por el sitio de preferencia en una fiesta sagrada esgrimían sus armas y mataban á sus competidores al pié

de los altares. Sus casas deshonraban tanto á quien las tratase como las casas de prostitucion. Desde las tabernas iban borrachos á las misas y vomitaban sobre el cuerpo de Cristo los indigeridos licores. No podía, no, acrecentarse mas el vicio ni conocerse menos la vergüenza.

¿Y qué sucedería tristemente á consecuencia de todo esto? Pues un retroceso en la civilizacion universal. Las dos jerarquías, separadas para que no volviéramos á los antiguos tiempos, iban nuevamente á juntarse y confundirse. Todo el cuerpo iba por inconsecuencia grave á convertirse en espíritu ó bien todo el espíritu en cuerpo. La jerarquía sacerdotal iba á ser una jerarquía guerrera y la jerarquía guerrera á su vez una jerarquía sacerdotal. Y á consecuencia de esto, como se juntaban los miembros, juntaríanse las cabezas, hasta convertirse el Pontífice y el Emperador en una misma persona y el Pontificado y el Imperio en una misma cosa, volviendo la confusion de lo temporal con lo espiritual, por la que Estados tiránicos desconocieron en lo antiguo la naturaleza propia del hombre y violaron sistemáticamente el principio divino de la libertad. El sacerdote mezclado á los negocios públicos, ceñido de cortantes armas, puesto en la necesidad de ir á la guerra, atado por su mujer y por sus hijos al mundo, no podía llamarse aquel sér ideal, todo espíritu, superior á las pasiones y á las necesidades humanas, que oraba cuando los demás combatían, lloraba cuando los demás reían, aceptaba las penitencias y sufría las maceraciones cuando gozaban los demás; uniendo los matrimonios sin poder sentir sus placeres; bautizando á los niños sin poder gustar las satisfacciones paternales; circuido perpetuamente, como los médicos, de todos los dolores, y condenado á caminar por la vida entre nubes de lágrimas, para recoger los restos de los muertos y dar tierra á lo terreno y encomendar lo divino á Dios, intercediendo así por todos y reclamando para las culpas por medio de holocaustos, en los cuales se consume la vida, el eterno perdon y la próspera misericordia. Las castas sacerdotales del Oriente no podían resucitar en el mundo occidental merced á este principio del celibato eclesiástico, que impedía cuidadosamente á las mas altas facultades sociales tomar carácter hereditario, con el cual ¡ay! la dignidad del sacerdocio hubiera pasado sin remedio á patrimonio de una clase privilegiada y el advenimiento de la democracia europea hubiérase perdido y malogrado para siempre, ó deteniéndose y